LA AMNISTIA

LA amnistía no llega cuando quiere
el preso. Coquetea. Muestra el rostro
con la sonrisa de las concesiones
al otro lado de la reja y vuelve
la espalda. Pobres manos que se aferran
desesperadamente al hierro; tienen
vocación de imposibles.
Incrustadas
llevo sus cruces en mis palmas y aire
que me visita acojo con pulmones
exhaustos por el ansia.
¿Quién podría
arrancarme de garras tan extremas,
preservarme del hambre, darme estrella
nueva y a la medida que pretendo?

Destinada a la celda, el techo apuro
buscando el alba y su liberadora
luz. Perforando tejas, toldos, zócalos
de densa incertidumbre, cara al sueño
hallo la mano amiga que me brinda
puñados de astros, rebelión de cuerdas.
Desatada y creciente ando horizontes,
convoco paraísos, domo brújulas
y me arropo los ojos con los párpados.
Es la visión más sorprendente siempre
la que la fina lámina de piel
me otorga.
Presa vuelvo al día, presa
codo con codo con la luna, víctima
de la prisa, vestida de relojes
por las aceras a las nueve en punto;

a las nueve amputándome las manos,
almidonadas como enaguas, rígidas
para la exploración, dedo tras dedo
pasados por las armas; detenidos
los pies como asesinos, desandándose
bajo la mesa, con su peso en máquinas
y en pájaros caídos. La amnistía
sólo me viene por la ley del sueño.



CRISTINA LACASA

(Del libro *Con el sudor alzado*. Accésit del premio ÁGORA.)